

EPÍLOGO

En 1904, después del fin de la Guerra de los Mil Días y de la secesión de Panamá, el balance de casi un siglo de vida independiente sólo podría producir desaliento entre los líderes del país. La compleja geografía intertropical andina, y las permanentes guerras civiles fueron duros enemigos del proceso civilizador. Para poner sólo un ejemplo, en términos de inversión extranjera, durante las dos primeras décadas del siglo XX la posición colombiana estaba por debajo de la mayoría de países latinoamericanos, incluidos países pequeños como Costa Rica y Guatemala (Rippy, 1959, p. 37-67). De otro lado, las relaciones productivas hacendarias en extensas zonas rurales tampoco contribuían a mejorar la dinámica económica. Sin embargo, en una entrevista concedida por Rafael Reyes en 1919 de manera optimista afirmaba, en su encumbrado estilo, que debido a la construcción del Canal de Panamá, el potencial económico de la patria se va a desarrollar y “Colombia va a ser conocida como la Argentina tropical” (Reyes, 1920, p. 5).

A comienzos del siglo XX, Argentina era el país hispanoamericano más exitoso y rico, un ejemplo envidiable para la elite latinoamericana acostumbrada a contrastar el avance de angloamérica con las pobres y conflictivas repúblicas del sur del Río Grande. Las transformaciones materiales de los ecosistemas en Argentina y en Estados Unidos eran tan impresionantes que el historiador Alfred Crosby las llamó “Neo-Europas.” Ambos países fueron capaces de conquistar sus fronteras, eliminar o arrinconar a sus poblaciones indígenas y hacer productivas las nuevas tierras conquistadas. Esta transformación material del territorio fronterizo fue apoyada por “ficciones guías” (Shunway, 1991), imaginarios o sueños, si se quiere, que llegaron a convertirse en realidades materiales, situación opuesta al caso colombiano. En el caso de Estados Unidos, la distribución de la tierra entre migrantes recién llegados reforzó las bases del sueño “democrático”.

Claro, democrático cuando se olvida que existían indios en esas tierras. En contraste, la elite argentina consolidó el latifundio. Su "ficción guía" no era democrática, como en Estados Unidos, sino que estaba arraigada en la oposición binaria entre civilización y barbarie claramente establecida en 1845 por Domingo Sarmiento (1971).

El entorno ambiental descrito por Sarmiento en términos del conflicto entre barbarie y civilización proporciona un modelo lingüístico para la comprensión por parte de los líderes de América Latina del problema de la frontera durante la segunda mitad del siglo XIX. En su famoso ensayo sobre el caudillo Facundo Quiroga, Sarmiento subraya el conflicto entre la Buenos Aires civilizada al estilo europeo, y las bárbaras pampas pobladas por indígenas y gauchos, producto del mestizaje entre indígenas y españoles, para algunos una mala mezcla. La barbarie de las pampas estaba arraigada en el supuesto de que se daba en espacios abiertos, con baja densidad poblacional, que llamaban "desiertos". He insistido en el uso común de la palabra desierto durante el siglo XIX para referirse a las tierras más allá de las fronteras, que eran vistas como lugares sin agricultura, tierras abandonadas, baldías. No interesaba si esas regiones eran bosques húmedos: eran "desiertos". Una explicación del uso de tal metáfora es importante para comprender una denominación que hoy en día suena extraña.

Si para los estadounidenses la frontera era lo silvestre y lo agreste (*wilderness*), para Sarmiento era el encuentro con el desierto. Esta afirmación contraevidente en la mayor parte de los casos, en el sentido de que la pampa argentina era todo menos un desierto, es el producto de la destreza literaria de Sarmiento y su generación. De hecho, en las primeras páginas de *Facundo*, Sarmiento hace una extraña analogía "asiática" al describir nómadas en un desierto. Para él, como para otros pensadores europeos, Asia árabe y el norte de "África eran el epítome de la barbarie y el despotismo, con sus camellos, nómadas y las huellas de una sociedad estancada que fracasaba en avanzar hacia la civilización" (Said, 1978). "La vida pastoril nos recuerda a las planicies asiáticas, que la imaginación las cubre de pobladores Kalmuc, cosacos o árabes", dice Sarmiento (1971, p. 15).¹ Mientras que el sedentarismo es una precondition de civilización, la vida nómada es una característica de sociedades despóticas, que él atribuía a Asia. Sarmiento afirma que "desde estas características en que se levanta la vida de la gente argentina reina la fuerza bruta, la supremacía del más fuerte, la absoluta e irresponsable autoridad de los que dominan y la administración de justicia sin formalidades ni discusión" (Sarmiento, 1896, p. 9).

¹ "En la tribu árabe que vaga por las soledades asiáticas... el progreso está sofocado porque no puede haber progreso sin la posesión permanente del suelo, sin la ciudad" (Sarmiento, 1896, p. 29).

La comparación es social y paisajística. En contraste con Europa, estas sociedades asiáticas estaban estancadas. Afirma que en la tribu árabe, “el progreso es imposible, debido a que no puede haber progreso sin permanente posesión del suelo o sin ciudades” (Sarmiento, 1896, p. 15). Reconoce que la situación en Argentina no es exactamente la misma, y agrega que la diferencia es que “en las planicies argentinas el pastor es un propietario que vive en su propia tierra; pero esta condición hace la asociación imposible y tiende a dispersar y separar a las familias sobre una inmensa extensión de la superficie” (p. 15). En Argentina la barbarie es normal por la dispersión (p. 18). Sin embargo, nota que la propiedad y el desierto no se excluyen: “la producción de bienes muebles no es imposible, el disfrute del lujo no es completamente incompatible con el aislamiento; la riqueza puede levantar un edificio en el desierto” (p. 16). Las ciudades, según Sarmiento, son como “oasis de civilización en medio del desierto” (p. 16). Los paralelismos con Asia no se restringen a los comentarios sobre organización social. Sarmiento también compara Argentina con Asia en términos paisajísticos; se parecen no solamente en términos de nómadas y despotismo, sino en que “hay algo en los desiertos del territorio argentino que lleva la mente a los desiertos de Asia” (p. 8). En Argentina la barbarie es normal por la dispersión (p. 18). Así, agrega que los argentinos se parecen a los beduinos en algunos aspectos.

¿Cómo podría haber una similitud ecológica entre Argentina y el paisaje árabe? Porque el mal argentino descansa en la extensión y el desierto que lo rodea, responde Sarmiento. Sin embargo, la idea de desierto no puede ser tomada en el sentido ecosistémico preciso. En vez de eso, Sarmiento la usa metafóricamente y afirma que “el desierto penetra en todos los lados y penetra el corazón; baldíos que no contienen asentamiento humano” (Sarmiento, 1896, p. 2). No obstante, este desierto argentino no está completamente desocupado. Sarmiento dice que, “en el sur y en el norte hay salvajes vigilando atentos que se aprovechan de la luz de la luna para atacar como hienas sobre los rebaños y sus pastos y sobre los poblados indefensos” (p. 2).

Esta analogía entre zonas rurales de frontera y desiertos sirvió durante el siglo XIX como base semántica para realizar excursiones militares contra pueblos indígenas. Estas expediciones fueron conducidas en el periodo de posindependencia desde 1820 en adelante. Durante el periodo del dictador Rosas, antes de 1850, se lanzaron expediciones militares. Sin embargo, la más infame fue la llamada “Campaña del desierto”, que tuvo lugar durante la presidencia de Sarmiento y fue comandada por el general Julio Roca. El énfasis de Sarmiento en educación no contradice otras tácticas para civilizar su país. Como Shunway lo ha dicho:

Ya desde 1844, cuando Sarmiento vivía en Chile, respondió al escritor chileno José Victorino Lastarria, quien recordaba la crueldad española durante la Conquista, que “debemos ser justos con los españoles; con el exterminio de gente salvaje de unos territorios que ellos iban a ocupar, solamente hicieron lo que cualquier pueblo civilizado habría hecho con los salvajes, lo que la colonización hizo consciente o inconscientemente: absorber, destruir y exterminar” (Shunway, 1991, p. 255; Sarmiento, 1909, p. 219).

Durante la presidencia de Sarmiento (1868-1874) fueron enviadas varias misiones oficiales a Estados Unidos a aprender cómo manejar el “problema” indígena. En 1879, después de varios intentos durante los años previos, incluido el periodo presidencial de Sarmiento, el general Roca lanzó la última y definitiva expedición contra las tribus tehuelchen y araucanas al sur de Buenos Aires. Según Roca, ellos fueron “subyugados, desplazados o exterminados... Los indios sobrevivientes fueron conducidos a reservaciones” (Rock, 1985).

Sarmiento proporciona el instrumento más importante para comprender la apropiación simbólica del paisaje, en términos de organización social y geografía física. Sarmiento vivió una época en Santiago como académico en la Universidad de Chile, obtuvo su título de abogado en la Universidad de Michigan, y fue a Estados Unidos a estudiar el problema de la frontera pero luego se convirtió en presidente de Argentina. Es recordado como un incansable promotor de la educación y sus descripciones llegaron a ser parte de la imaginación de la elite, y sentaron las bases para la toma de decisiones de política orientadas a transformar el aspecto americano de Argentina en una neo-Europa. Cuando los migrantes llegaron a Argentina después de 1880, las pampas y el más remoto *hinterland* –el “desierto”–, estaba desierto precisamente porque ya no quedaba casi gente allí. Los pueblos indígenas –que ya habían sido eliminados o removidos y confinados en reservaciones–, y los gauchos fueron desplazados a la más alejada periferia (Slatta, 1983).

Este texto ha presentado algunas analogías del proceso de expansión en Argentina y algo de Estados Unidos para iluminar algunos parecidos y diferencias con la frontera colombiana. De manera similar al caso de Estados Unidos, la expansión de la frontera en Argentina fue simultáneamente la extensión de un sistema de propiedad privada sobre tierras “baldías”. Este proceso puede ser visto como la intersección de tres factores. Una campaña militar contra las poblaciones indígenas; un proceso de expedición de regulaciones legales, en particular un código civil y, finalmente, la consolidación de un sueño cultural: el sueño del triunfo de la civilización sobre la barbarie (gauchos) y el salvajismo (indígenas). Esta infraestructura simbólica fue complementada tanto en Estados Unidos como en Argentina con trabajos de ingeniería, desarrollo urbano, inversión extranjera en

infraestructura, avances en la agricultura y en medios de comunicación, particularmente trenes. Los cambios simbólicos fueron acoplados con transformaciones materiales. Uno de los efectos materiales de la apropiación simbólica de la frontera argentina como desierto fue invisibilizar a los indígenas.

Contrastar a Colombia con Estados Unidos y Argentina es útil. En Estados Unidos los indígenas fueron retratados en las películas de Hollywood como los “tipos malos”, y en Argentina se cambió totalmente el balance demográfico por la migración europea. Colombia, en cambio, no fue capaz de atraer inmigrantes, pero algunos intelectuales, Codazzi por ejemplo, pensaban que la gente de los Andes poblaría las dilatadas regiones baldías de Colombia. Rafael Reyes trajo “calentanos” del Huila y Tolima en la época de su trabajo pionero de extracción de quina. Más tarde aspiró a nacionalizar al país con los laboriosos y exitosos antioqueños. Sin embargo, no todos los conservadores fueron optimistas en este aspecto. Ni nuestra “raza”, como dijo en la tercera década del siglo XX Laureano Gómez, ni nuestro suelo, tienen posibilidades de compararse con Argentina. Unas pocas islas frías y una minoría de gente de origen español no pueden cambiar el hecho de que Colombia es simplemente un país tropical sin gente que encaje en el ideal de civilización. En contraste, el más influyente liberal de comienzos del siglo XX ofreció una solución diferente.

En febrero de 1907, en Río de Janeiro, el general Rafael Uribe Uribe impartió una conferencia llamada “Reducción de salvajes” (Uribe, 1907). Señaló que, a pesar del amplio mestizaje de Colombia, la raza indígena ha sobrevivido porque han aprendido el lenguaje civilizado de los españoles. De otra manera, sólo habría otras dos opciones cuando las razas civilizadas se encuentran con las salvajes: exterminio, como en Estados Unidos, Argentina o Chile; o esclavitud (p. 4-5). Bajo estas premisas, Uribe Uribe propuso la necesidad de integrar la importante población “salvaje” que él calculaba en 321.000, es decir, seis por ciento del total de la población colombiana (p. 6-7). Creía que había tres métodos que, en conjunto, podrían lograr un buen resultado. Dos de ellos eran los clásicos usados por los españoles: las colonias militares y los misioneros; el otro era la creación de un cuerpo de traductores. En este aspecto, en realidad, Uribe no era original: los traductores los usaron todas las potencias colonizadoras: españoles, ingleses, portugueses, franceses y holandeses (Luca, 2003).

En otro aspecto sí: en lugar de proponer la migración extranjera, Uribe pensó en cuatro justificaciones para perseguir el objetivo de “reducir” a los salvajes (Uribe, 1907, p. 11-14, 39), éstas son: la cristianización, el incremento de la fuerza laboral, la obtención de nuevos productos del suelo ocupados por ellos, y la conquista de territorios que permitieran prevenir futuros alegatos con países vecinos. En relación con estos últimos dos pun-

tos, primero, Uribe reconocía que si no hubiera esta población aborigen en el Caquetá, el caucho “no habría podido ser extraído o habría sido extraído en una cantidad insignificante” (p. 9). Segundo, creía que lo más problemático de estos aborígenes era que estaban localizados en las fronteras de países vecinos (p. 10).

Como complemento de estos argumentos, Uribe dedicó una sección de su discurso a mostrar la importancia económica de los salvajes, y rechazó la supuesta necesidad de que fueran sedentarios proponiendo una visión bastante inusual en su época. Era consciente de las claras distinciones entre los indígenas de tierras altas, agricultores y sedentarios, y aquéllos de tierras calientes y bajas que eran nómadas. Decía que el intento de concentrarlos en pueblos acabaría degradándolos y destruyéndolos. Al contrario, ellos deberían mantener sus costumbres y su dieta alimenticia. *Vis-à-vis* los migrantes europeos, el costo de los indígenas era menos que una décima parte y ellos podrían adaptarse mejor en las duras y malsanas condiciones del clima tropical que los blancos porque “no todas las razas tienen iguales aptitudes para adaptarse a los climas tropicales” (Uribe, 1907, p. 46). Aunque pensaba que el mestizaje era la mejor forma de conquistar los trópicos, creía que los salvajes estaban mejor adaptados para “poblar las regiones desiertas” donde ellos ya han vivido (p. 41).

Infelizmente, ni la fórmula de Uribe fue acogida, ni la gente de los Andes en esa época pobló la Amazonia en una escala considerable, a pesar de los intentos de Reyes, quineros y caucheros, y a pesar de los intereses piadosos de los misioneros. Los migrantes extranjeros tampoco vinieron a Colombia, con la excepción de los así llamados “turcos”, libaneses y sirios que viajaban con pasaporte otomano, y que en su mayor parte permanecieron en la costa Caribe. Sin embargo, incluso la región Caribe fue subsumida dentro del estereotipo que veía a la región andina como la verdadera Colombia (Posada-Carbó, 1996). De hecho, la fiebre de tierra caliente que recorrió el país desde 1850 sólo logró integrar a los Andes con la costa Caribe a través del río Magdalena.

Durante el periodo que cubre este estudio el paisaje colombiano en cuanto a su cobertura vegetal no cambió mucho. Sin embargo el territorio sí fue reorganizado. Esto quiere decir que, en una visión general del país, desde el punto de vista espacial, los ecosistemas permanecieron intactos pero la organización política y el perfil del país cambiaron considerablemente. El río Grande de La Magdalena, como era conocido desde tiempos coloniales, se constituyó de hecho en el eje de la organización del territorio colombiano. En la década de los noventa del siglo XIX, Eliseo Reclús, el famoso geógrafo anarquista, dijo que “el río Magdalena es la principal arteria de la República, su principal ruta de comercio, el vínculo natural que une las diversas provincias y, finalmente, la principal causa de unidad na-

cional” (Reclús, 1958, p. 186). De hecho, todas las divisiones políticas de la nación lucharon para lograr al menos una cabeza de playa sobre el río Magdalena con lo cual quedó determinada la más estable configuración político-administrativa del país en departamentos después de 1910, como se ilustra en el mapa correspondiente.² El Valle del Cauca fue una región que permaneció estancada durante el periodo en estudio hasta que finalmente desde 1915 mejoró sus conexiones con el océano Pacífico y con la región cafetera del Quindío. El principal ganador del proceso, en términos espaciales, fue Antioquia, la región cafetera e industrial que inició desde la Independencia como una pequeña porción del territorio, encerrada entre montañas de la Cordillera Central.³ El principal perdedor fue el Cauca, la región que al principio del proceso poseía la mitad del territorio, incluyendo las regiones del Caquetá y el Valle del Cauca, el cual se convirtió en departamento desde 1908.⁴

El éxito de los antioqueños desafiaba el determinismo ambiental de Laureano Gómez que no le encontraba espacio a la civilización en la Colombia tropical. Cuando en 1928, en un auditorio repleto con la “crema” de la sociedad bogotana, dijo que ningún país situado en la latitud de los trópicos había sido capaz de crear una verdadera cultura, contrarió a muchos optimistas. Para empeorar las cosas, también despreció a quienes con buenas razones –antioqueños y costeños– rechazaban el dejo de superioridad de la alta sociedad bogotana cuando añadió que gracias a los altiplanos de Ecuador, Colombia y Venezuela estos países habían superado a los africanos en la misma latitud. Infortunadamente, dijo, la mayoría del territorio colombiano queda localizado fuera de los altiplanos. En realidad, Gómez no estaba improvisando. Una década antes, en julio 20 de 1917, durante la inauguración de la Estación ferrocarrilera de La Sabana, dijo que este edificio “es una bienvenida alegre y magnífica de una ciudad hospitalaria a los hijos de la nación que llegan desde todos los confines del territorio para gozar de los beneficios indefinidos de una más avanzada civilización” (Gómez, 1970, p. 197). En corto tiempo, un intelectual antioqueño contestó este imputable discurso. (Ver mapas No. 12 y 13)

En su *Escrutinio sociológico de la historia de Colombia*, el historiador, diplomático y político Luis López de Mesa (1936) describió a unos inmigrantes (sic) colombianos en lucha contra una naturaleza hostil. López de Mesa dijo que la gente de Colombia que se ubicó en los altiplanos, lejos de esa destructora patología tropical de las planicies tórridas se desplazó a las vertientes y valles de mediana altitud en medio de las montañas (p. 104).

² Ver Mapas 7

³ Ver Mapa 8

⁴ Ver mapa 9, 10 Y 11

Esta es la “civilización de vertiente”, donde los pueblos de montaña y los cultivadores de café prosperan. Los colombianos tuvieron que destruir y recrear su ambiente para ajustarlo al hombre culto (p. 105). Lo que ocurrió fue que si al comienzo del siglo Colombia estaba atrasada con respecto a muchos países latinoamericanos, durante las siguientes dos décadas, particularmente durante la década de los veinte, importantes transformaciones ocurrieron y un nuevo optimismo invadió a los colombianos. López de Mesa estaba simplemente expresando lo que él entendió como los logros de alcance nacional de los cultivadores de café.⁵

La idea de Reyes sobre Colombia como una Argentina tropical era poco práctica o aplicable sólo a regiones específicas, como el Valle del Cauca, ya que Argentina requirió de un grupo sustancial de inmigrantes que Colombia nunca recibió, y unas tierras increíblemente fértiles. La visión de Gómez era la perspectiva más eurocéntrica, elitista y derrotista. La de López de Mesa era una idea interesante que ayudaba a poner fin a una Colombia fragmentada, integrándola a través de una simplificación cultural basada en las transformaciones de las vertientes andinas por medio del café. Sin embargo, no todo el mundo se estaba devanando los sesos para caracterizar el tipo de civilización a la que Colombia se ajustaba. Hubo voces que simplemente rechazaron la idea de civilización: las voces de la gente de los bosques.

Manuel Quintín Lame, un líder indígena que desde 1910 participó en una guerra prolongada contra la “civilización blanca colombiana”, como él la llamaba, opinaba algo por completo distinto a todos los personajes mencionados anteriormente. Solía decir que él era el “Indio [sic] que vino de la montaña (bosque) al valle de la civilización”.⁶ En uno de los pocos estudios acerca de Quintín Lame, Gonzalo Castillo-Cárdenas dice que en Lame “montaña” quiere decir “conocimiento y sabiduría a la manera de los indios” (Castillo-Cárdenas, 1987, p. 82).

Debió añadir que “montaña” debe entenderse también como bosque y, si se quiere, selva. El uso de “montaña” tiene antecedentes coloniales. Por ejemplo, en los documentos escritos en diciembre de 1753 por Pablo de Torrijones, procurador de Misiones, se describe la misión de Sucumbíos en las orillas del río Napo (en lo que es hoy en día confluencia entre la Amazonia ecuatoriana, colombiana y peruana). Afirma que “las salidas de estas *montañas* y misiones del Putumayo y el Caquetá, son una por Sucumbíos, bajo la jurisdicción de Pasto, y otra por la Ceja de Timaná, en la de Neiva”. Agrega que “el pueblo de Sucumbíos tiene un muy mal camino, a pesar del

⁶ Manuscript: “Los pensamientos del indio que se educó dentro de las selvas colombianas” (“The Thought of the Indian Educated in the Colombian Forest”). Una versión publicada en inglés puede verse en Gonzalo Castillo-Cárdenas (1987, p. 97-152).

hecho de que es el puerto o boca de la *montaña*".⁷ Siguiendo a Raimondi, el Codazzi peruano, "la *montaña* es el Perú de los bosques" (Raimondi, 1876: I, p. 51). La montaña es el lugar "donde los bosques vírgenes toman las proporciones más colosales" (p. 84-88). El padre Manuel María Albis tituló uno de los reportes en que Codazzi basó su información sobre el Caquetá, "Curiosidades de la *Montaña*".⁸ Cuando Lame dijo "montaña", probablemente estaba connotando los tres significados: sabiduría, lomas y bosques.

Lame nació en 1883 en el seno de la etnia Páez del departamento del Cauca, aunque su madre era guambiana. En su juventud sirvió en el ejército colombiano, participó en la Guerra de Los Mil Días, y como soldado fue a Panamá (Castillo-Cárdenas, 1987, p. 30-31). Cuando regresó a su terruño nativo en 1910, fue elegido por los cabildos del Cauca como su líder. Desde este momento hasta 1917, luchó por las tierras indígenas contra los hacendados. En ese año fue encarcelado porque se convirtió en su gran enemigo. En 1922 fue dejado en libertad y se desplazó hacia el valle del Magdalena en el departamento del Tolima, una región de tierra caliente, y allí luchó para reconstituir el viejo resguardo de Ortega y Chaparral que había sido disuelto durante el tiempo de las reformas liberales del siglo XIX. A pesar de las connotaciones racistas y discriminatorias, armado con la Ley 89 de 1890 que proscribía una mayor división de los resguardos, luchó contra todo el sistema legal que, a pesar del texto de la ley, funcionaba en favor de la expansión de los propietarios territoriales. Un texto escrito por Lame y firmado por mujeres indígenas provenientes de ocho departamentos decía: "Este es el momento en que las hijas de los bosques y de las selvas desiertas lanzan un grito de justicia a la civilización del país" (Lame, 1973).

Metáforas, regulaciones legales, descripciones corográficas, mapas, miradas sobre el paisaje, imaginarios, y así sucesivamente, son parte de un arsenal de transformaciones simbólicas que ocurrieron en Colombia. Estos instrumentos también jugaron un rol en los localizados cambios materiales del paisaje y en las transformaciones futuras. Como valientemente lo denunció Quintín Lame, la Ley 89 de 1890 parecía más una burla para los indígenas. Sin embargo, después de varias décadas, prácticamente no hay un reclamo indígena sobre tierras que no se base en esta ley. Y, si los indígenas han preservado un viejo mapa del resguardo para presentarlo a la policía o los funcionarios de áreas remotas, sus reclamos pueden ser casi incontrovertibles desde un punto de vista legal.

⁷ Fondo Miscelánea Misiones, tomo 2, Indios de Icabates y Payaguas, Jurisdicción Franciscana, fol. 512.533.

⁸ Albis usa la expresión "montaña" la cual es la manera como es llamada la selva en Perú durante el siglo XIX y buena parte del siglo XX. La tierra de los incas estaba dividida en tres principales macro-regiones: costa, sierra y montaña. En Colombia, "montaña" regularmente se refiere a la región andina, lo que en Perú es la "sierra." Ver Manuel María Albis, en Agustín Codazzi (2000, p. 73-123).

Las metáforas pueden ser también “armas de difusión masiva”.⁹ La “civilización”, como metáfora de cambio, por ejemplo, tiene una connotación ambiental eurocéntrica consolidada en tiempos de la expansión imperial europea en el siglo XIX, con significaciones despectivas hacia los trópicos. Esta metáfora fue definitivamente cuestionada y sustituida por la de “desarrollo” cuando Europa se descompuso durante la Segunda Guerra Mundial, y fue sustituida como poder dominante por Estados Unidos de América. Sólo recientemente ha sido revivida en los labios del presidente de la superpotencia de esta época, sorprendida por un improbable ataque en su propio territorio. Mientras sus matices ambientales han sido diluidos, sus raíces imperiales permanecen firmes.

⁹ En la época en que estaba escribiendo este texto, el presidente George Bush decidió invadir Irak con el pretexto de que poseía “armas de destrucción masiva”.